

Mi inmigrante del tiempo

Alfredo Gullón

A mi padre y a todos los inmigrantes que, como él, cruzaron el Atlántico con sus pantalones viejos y sus sacos raídos tratando de alejar la pobreza de sus bolsillos, vinieron al Nuevo Mundo buscando una vida mejor.

En este relato podrán apreciar que en la vida de los hombres, siempre se requiere una pizca de imaginación, porque ni las narraciones que dan luz a los recuerdos, ni los documentos que dan testimonio de lo vivido, son suficientes para plasmar en el papel toda la maravilla y dramatismo de un trozo de lo real. La misión que hoy me ocupa, es algo que hago con sumo placer, y es la de que se adentren en esta historia; yo seré su anfitrión, la puerta está abierta. Pasen.

El personaje principal, “mi Inmigrante”: la persona más querida y respetada por mí en este mundo. Fue digno, honesto y trabajador. En “la casa de mi padre” recibimos siempre amor y educación y fue para toda la familia un modelo de ejemplo y virtud. Del roble viejo zamorano nacieron otras ramas nuevas, las cuales se fueron entretejiendo para formar otras, y todos nos fuimos comunicando con la misma savia, y llegamos a hablar la misma lengua, a amar las mismas ideas, y a sentirnos parte de sus costumbres, su música y sus bellas historias.

“La Narración del Abuelo”, algo muy importante y divertido para todos, si no hubiera sido por esto, qué lejanos habiéramos estado de la tierra de nuestros ancestros. Considero que es algo que no debemos perder, ya que la memoria de nuestros viejos emigrantes, al ser transmitida a otras generaciones, es una huella imborrable que marca para siempre el corazón de sus descendientes. Como testimonio de ello, les puedo decir que mi nieto, un niño de 12 años, aficionado a la pintura, gusta dibujar catedrales e iglesias de Zamora y por ello ha ganado varios concursos en la Colonia Zamorana de Cuba a la cual pertenecemos.

En una actividad que se realizó con motivo de “Las Romerías de Mayo”, mi nieto, alentado por Maruchi Rabanillo, joven activista cultural y emprendedora directiva de nuestra sociedad, pinta un cuadro en el cual se refleja la bella Catedral de Zamora que es el monumento capital del románico zamorano: por la fusión del románico con los aires mozárabes nace este edificio único. La catedral y su cúpula. No hay catedral española igual. Las otras son de estilo gótico.

El día de la actividad, el párroco de la iglesia San Juan Bosco en La Habana, al ver el cuadro, asombrado le pregunta al niño:

– “¿Has estado tú en Zamora alguna vez?”, pues él es natural de Zamora y estuvo destacado por mucho tiempo en su catedral.

El muchacho le responde:

– “Nunca, nunca he estado allí”.

Y el cura nuevamente le vuelve a preguntar:

– “¿Cómo pudisteis pintarla?”.

– “Porque me nace, porque lo llevo en la sangre”, le replicó el niño.

Por eso, a los que piensan que todo está muriendo, plenamente convencido les digo que no; todavía las cúpulas y torres de las Iglesias y de las catedrales se atreven a desafiar el tiempo y la distancia y con el tañir de sus añejas campanas, nos dicen que todavía hay grandes lazos que unen nuestras generaciones.

Mi padre, Martín Gullón González, nace el 21 de abril de 1907 en La Barra, Ferreras de Abajo, provincia de Zamora, España. Es hijo legítimo de Isidro Gullón, de 54 años, casado y de profesión jornalero, teniendo su vivienda en Litos, y de Ludibina (*sic*) González, natural de Abejera, provincia de Zamora y tenía 26 años de edad, ama de casa, casada. Nieto por línea paterna de Bernardo Gullón, natural de Litos de Añejo en Ferreras de Abajo y de Martina Bara natural de Litos, Ferreras de Abajo. Nieto por línea materna de Eudalia González, natural de Abejera de Tábara y de padre desconocido. Dos vecinos de la localidad fueron testigos de su acta de nacimiento: Pedro Yeña y José Tabeada y se efectuó en el registro civil de Ferreras de Abajo.

La casa donde vivió con sus padres todavía existe, pero ya no es la misma, pues ha sido remodelada y se encuentra situada en la calle de la Rivera en Ferreras de Abajo. Su padre, jornalero pobre, empleó los materiales disponibles: piedra, barro y madera para construir su humilde vivienda, el techo con grandes aleros y un tejadillo como protección; una puerta ancha tenía como única entrada, donde podía apreciarse un aposento que servía como sala, cocina y comedor, iluminado siempre en el invierno por la estufa, siempre encendida, para calentarse; también tenía dos dormitorios. En el pequeño pueblo las casas

se encontraban aisladas unas de las otras y uno de los principales puntos de interés, la iglesia.

Él y su hermana menor, llamada Juana, asistían a la escuela que quedaba en la iglesia, donde recibieron instrucción primaria, catecismo, historia sagrada y reglas de conducta y urbanidad; allí fueron bautizados y recibieron la primera comunión. Su infancia y su primera juventud se desarrollaron en ese mundo rural, en su bella geografía, lleno de inigualables paisajes. Y así fue formándose aquel joven español, bien parecido, tez blanca, ojos verde claro, pelo rojizo y mediana estatura; buen carácter, siempre bien sonriente, de hablar pausado, amable, comunicativo, romántico y aventurero en el buen sentido de la palabra. Como recordaba con intensa pasión sus aventuras, había que oírlo hablar de “ la sierra de la Culebra”; se ponía rojo como una manzana y sus ojos se iluminaban llenos de una alegría desmedida; allí los árboles mudan de vestidos según la estación, manadas de lobos habitan en ese lugar, también hay muchos ciervos y corzos; es un lugar salvaje, impresionante, donde peligra tu vida en cualquier instante si te ataca el lobo o el jabalí; pero ir con Antonio, el cazador, y participar en esa dramática aventura, sería como para el preso la libertad. Y cuando el sol asomaba su rubia cabellera se calzaba sus botas de caminante incansable, morral al hombro, que el cazador preparaba repletas de queso, rodajas de chorizo, jamón, pan, chuletas ahumadas, y con escopetas y cartuchos partían a encontrarse con la dicha de realizar su sueño, el sueño que aún perdura.

Después de muchos días en esos avatares, el joven retornaría al hogar con los zapatos rotos y las ropas destrozadas, como regresaría “El Quijote” después de enfrentarse a los molinos de viento; la madre lo esperaba muy angustiada y con los ojos llenos de lágrimas.

Su madre estaba embarazada de su segundo esposo, ya que su padre había muerto unos años atrás y cuando parió se le presenta una hemorragia y tanto la criatura como ella murieron ese mismo día. Él recuerda que venía de trabajar la tierra, y oyó las campanas de la iglesia doblando por difuntos y salió corriendo desesperadamente. Estas imágenes le causaban un dolor y una angustia muy grande, casi no hablaba de eso.

Después de los funerales, su hermana fue enviada a la iglesia, y allí permanecería ayudando a una mujer que trabajaba en las labores domésticas y le darían casa y comida. En cambio, Martín ayudaría como hasta ese momento lo había hecho a su padrastro en las labores del campo; ya para él la vida cambió por completo; trabajaba muy duro y lo trataba muy mal. Por las noches, después de cumplir sus faenas se dirigía a una casa que tenía como una especie de taberna; allí se reunían los hombres a tomar vino y también se contaban historias. De vez en cuando venía algún emigrante que regresaba de Cuba a ver

a su familia y hablaban de lo bien que vivían, de lo bonita que era Cuba, que no había frío, que la paga era buena, y la imaginación del joven comenzó a hervir como la leche en el fuego: sus ojos se abrían desmesuradamente, y su corazón palpitaba cada vez más fuerte con aquellas anécdotas. Ante sí, una nueva aventura, una nueva frontera geográfica bien difícil para un joven como él, pero mientras mas dificultosa es la frontera alzada mas apetito abre en quien la desea; impotente, ni tonto, ni perezoso, esa misma noche escribió una carta a su primo Bara, zamorano que se había ido “pal otro lado”, así les decían a los que emigraban para Cuba u otros países de Las Américas.

Habían pasado casi dos meses, ya casi se había olvidado del viaje, de la aventura que tanto lo había entusiasmado, y aunque su primo Bara le dio respuesta inmediata a su carta explicándole todos los trámites que debía correr para poder hacer el viaje, en esos momentos otras ilusiones colmaban sus pensamientos, pues casi estaban en verano y se acercaban las fiestas de “Benavente” y nunca había visto “lo del toro enmaromado”. Ya estaba haciendo planes con unos amigos del pueblo, cuando al llegar a su casa escucha una conversación entre su padrastro y un hombre al cual nunca había visto:

– “Ese muchacho siempre tiene la cabeza llena de pájaros. Como ya es un hombre lo mandaré para la mili (el ejército) y con eso voy a ganar algún dinero”.

Al oír eso sus piernas comenzaron a temblar, quería correr rápidamente y no podía; él sintió mucho miedo; tanto, que comenzó a llorar diciendo:

– “¡Yo quiero vivir!”, “¡Yo no quiero que me maten!”, “¡Yo sólo tengo 18 años!

Él sabía que su padrastro no era un hombre bueno, sino despiadado y autoritario y seguro estaba que cumpliría su palabra; por eso, en el momento más oportuno, sin despedirse de nadie, ni de su pobre hermana, como un ladrón a hurtadillas, cogió su vaca de pelaje colorado que había comprado a un hombre en Aliste y algunos animales, para venderlos y obtener dinero para el viaje. No quiso mirar atrás, allí dejaría la quietud de la naturaleza, sus campos zamoranos, los bellos contrastes del paisajes que se ofrecen desde la montaña al llano, aquellas sensaciones que dejan las riberas y los aromas que exhalan los campos floridos, donde existen todos los colores posibles en la primavera, los ríos con copiosos caudales como el Duero, los preciosos humedales, animales legendarios, arboledas, viñedos, trigales que dan vida a todas las inquietudes. No quería despedirse de su Zamora toda, ni de Toro, ni de Sanabria con sus inviernos fríos, ni de Bermillo de Sayago, ni de Carbajales del Alba, ni siquiera de Aliste, ese bello lugar que tantas veces visitó, donde tuvo su primer amor juvenil y que él llamara “La Portuguesista”, porque tenía la figura de las mujeres de Portugal.

Él se marchaba y se quedaba su provincia entera, allí en la parte más occidental de Castilla y León, fronteriza con Galicia y Portugal. El aventurero iría en busca de otros parajes, otras fragancias, otra existencia; nunca pensó que algún día la añoranza de su tierra lo golpearía para siempre.

De su travesía no pudimos saber mucho, ya que cuando abordó el vapor “Cuba”, y este zarpó, unas fiebres muy altas y una náusea lo hicieron permanecer en cama por muchísimos días; nunca supo si fue por las vacunas de la viruela, que tuvo que ponerse para poder tener sus papeles en regla, o si fue atacado por otra enfermedad; lo único que podrá recordar, como entre sueños, la figura de un hombre que le daba medicinas y le decía: “¡Ánimo!, que pronto te vas a poner bien”.

La Habana, aunque no la había visto nunca, producía una sensación diferente, una especie de seducción y deseo, y al mirar su bahía, que fue lugar de los descubridores hacia nuevos destinos, todo el oro y la plata de América pasaban a través del estrecho canal de entrada de la bahía de la Habana con destino a España a inicios del siglo XVII y la Corona lo había convertido en el mejor fortificado del imperio y allí retadoramente se encontraban los llamados castillos de la Fuerza, de los Tres Reyes del Morro y de San Salvador de la Punta, hermosas fortificaciones, que en tiempo de Felipe II, fueron construidas como el plan de defensa de sus dominios en el nuevo mundo; allí estaban golpeados por las olas del mar e iluminados por la luz del sol, y no fue para él esto tan solo una arquitectura muerta, sino una historia que hallaba y lo introducía en este hermoso país tropical, en esta perla del Caribe y como dijera el almirante Cristóbal Colón cuando avistó sus costas y quedara prendido de sus encantos naturales: “¡Es la tierra más hermosa que ojos humanos hayan visto!”. Cuba, caribeña mestiza y seductora, archipiélago con una extensión territorial de 110.922 Km², formado por más de cuatro mil islas, cayos e islotes, situada al noroeste del mar Caribe, justo frente a la puerta de acceso a las Américas donde la corriente del Golfo da un agradable clima tropical.

Como el vapor llegó cerca de las 6 de la tarde, habría que esperar al siguiente día para los trámites de inmigración y el control sanitario establecido por las autoridades. No podía dormir; desde la cubierta de proa, contaba las horas de salir de aquel barco; al fin fueron trasladados hacia el lugar donde serían llamados para cumplimentar el chequeo de aduana; cuando sintió una voz ronca que la llamaba: “¡Martín Gullón González!, pasajero sin familia”, y rápidamente le entregó su documentación. “Todo en regla; pase al control sanitario”. Allí lo esperaban un médico y una enfermera muy flaca que con mal carácter le dijo: “¡A ver!, usted, ¡quítese la gorra!”, mirándolo despectivamente, con una mirada que traspasaba el cristal de sus redondos espejuelos. “¡Piojos!”, revisaba su cabeza una y otra vez. “No”. Entonces el médico le

mandó autoritariamente abrir la boca y dijo: “Bien, ¿ha tenido fiebre, dolor de cabeza, diarrea o vómitos durante la travesía?”; al contestar que sí con su débil voz, les quería explicar que nunca había tenido diarrea, pero no lo dejaron ni abrir la boca; en un abrir y cerrar de ojos ya la enfermera le estaba clavando una inyección y fue trasladado en una camilla al pequeño hospital, que tenía más aspecto de prisión que de otra cosa, a cumplir la cuarentena reglamentaria de dos semanas para ser observado. Le pusieron un ropón que resaltaba más su aspecto desvencijado. Estaba pálido, los ojos hundidos y los párpados de color violáceo y un poco más delgado. En la cama contigua, estaba Pedrito, un niño de sólo doce años que había venido de Lugo y tenía paperas; el pobre estaba tan hinchado, que casi no podía hablar, pero entablaron una bonita amistad.

Allí pasó horas terribles, desoladas, en medio de una aflicción que lo espartaba, sentía una profunda soledad; lo embargaba una sensación de desamparo, y de inseguridad. Por las noches, ese desasosiego se volvía más agobiante y se desvelaba; entonces se ocupaba de arropar a Pedrito y de chequear si tenía fiebre. En esos días él ansiaba escuchar la voz de su hermanita Juana y sentir su mano alisándole los cabellos; sentía una gran añoranza de sus árboles, el olor de su tierra y de su vegetación tupida, aquel olor y aquel sabor lo acompañarían para toda la vida, y se convencería que la añoranza, aunque es una palabra que al pronunciarla tiene un sonido hermoso, pero su significado es una espina clavada en el corazón. Después de aquellos días de infierno, les dan la buena noticia que podrán recoger sus pertenencias, pues llegaba el momento de marcharse. A Pedrito lo esperaba su padre, que lleno de alegría lo estrechó entre sus brazos. Al pobre joven nadie lo esperaba. Se despidieron con un fuerte abrazo, ya que más nunca se volverían a ver.

Ahora el emigrante se adentraría en el urbanismo de la hermosa ciudad, que en aquella época tendría unos 400.000 habitantes, muy diferente a la de hoy que tiene 2,2 millones de habitantes, pero para él fue algo sorprendente. Un pobre joven campesino que en ese momento sólo tendría por protección al “Santo Patrón de los Viajeros, San Cristóbal de la Habana”; y así con su equipaje al hombro, que sólo contaba con dos o tres mudas de ropa, se adentró por las calles estrechas hasta salir a una amplia plaza donde se destacaban balconaduras y columnas, y perdido entre las rejas, las puertas y los vitrales, continúa caminando hasta encontrar la antigua Iglesia de San Francisco de Asís, punto de referencia para llegar a la calle de los Oficios, donde podría encontrar a su querido primo Bara. Pero para su desgracia, la dueña del lugar le confirma que hacía más de dos semanas se había marchado; el cielo y la tierra se juntaron en ese momento. Tan mal debió haberse sentido, que la mujer comenzó a darle aliento con palabras de: “No se ponga así”..., “quizás él aparezca por aquí en cualquier momento”... y entonces le dice a su hija, una muchacha

que se asomaba por una de las puertas de la sala: “Tráele un vaso de agua al recién pescao” (*sic*); él se quedó asombrado con el nombrecito, después más tarde supo que así le llamaban a los emigrantes acabados de llegar. Como no tenía otra alternativa se alojó en aquella casa pues no sabía que camino tomar. Allí tendría techo y comida. Durante los días que permaneció en el lugar salía todas las mañanas muy temprano con la esperanza de encontrarse con Bara; andaba por todas las plazas: le gustó mucho la plaza de la Catedral; lleva ese nombre desde finales del siglo XVIII, al consagrarse como catedral, una iglesia de estilo barroco que fuera de los padres jesuitas; visitaba también la plaza de Armas, los hostales, las tabernas e inevitablemente se mezclaba con las gentes, los vendedores ambulantes, que le llamaban mucho la atención por sus pregones. Por las noches se iba a la calle de Madera, en la plaza de Armas, a deleitarse con la Retreta, así le llamaban a la banda de música que tocaba muy bellas canciones; él se maravillaba con todo lo cotidiano, con las cosas más simples: hasta el pregonar de los niños que vendían periódicos, “¡*El País!*”, “¡*El País* con las últimas noticias!”, los carros tirados por caballos con sus carboneros vendiendo su carbón y los automóviles con su ruido y sus gentes vestidos elegantemente. Hablaba con todas las gentes, pues en su opinión tenían características especiales, desenfadados, simpáticos y hospitalarios.

Así, en ese ir y venir, habían pasado varias semanas y conversando con un chico que trabajaba en un café donde por las mañanas solía entrar a tomar tan aromático néctar, éste le informa de un posible trabajo en una panadería que estaba situada en los alrededores; el dueño, un asturiano de mediana edad, lo recibió de muy buena gana, pero pronunció un pequeño discurso que él no entendió muy bien: trataba de holganza y futuro y al final le puntualizó: “los mensajeros no tienen horas establecidas, pues sus servicios se consideran necesarios a toda hora” y por último le preguntó: “¿sabes leer?”, a lo que él respondió que sí moviendo la cabeza, y dándole una lista de nombres y direcciones y un bulto con panes, lo mandó a cumplir su faena.

Y todo marchó muy bien. Allí aprendió el oficio de panadero y dulcero. Cuando ya tenía un poco de dinero se dirigió rumbo al parque central, frente al Centro Gallego, hasta salir a la calle Monte, hasta el final y enrumbó sus pasos hacia la calle Muralla, donde se encontraban grandes almacenes y se vistió como un indiano de éxito: pantalones de hilo, camisa blanca y sombrero de pajilla; quería presumir; las muchachas tenían figuras delineadas; él las consideraba un tanto provocativas; las muchachas de su pueblo eran discretas, usaban blusas y sayas holgadas, un tanto tímidas; en aquella época él no descansaba mucho y si encontró amores, tenían que ser amores intensos y fugaces; era un muchacho fuerte que dejó atrás su timidez pero que nunca estuvo de acuerdo con los excesos liberales.

Ya habían pasado tres navidades cuando sin esperarlo, ante sus ojos, un hombre vestido con un traje de dril¹ cien, impecablemente limpio, se presenta ante él: su primo, al que no esperaba ver nunca más. La alegría los embargó a los dos en aquel encuentro; aquí le narró todas las adversidades que había tenido que afrontar durante todo ese tiempo: “No te preocupes, olvida esos momentos; ahora mismo te llevaré para mi casa y trabajarás conmigo en la tintorería”; y sin pensarlo dos veces, dejó el trabajo en la panadería y se instaló en la vivienda de su primo, que tenía en la parte delantera una pequeña tintorería.

Todo marchaba sobre ruedas hasta que su pariente decide hacer un negocio con una mujer que vivía en Guanabacoa y comprar una guagua. Martín le entregó a su primo el dinero que había ahorrado durante mucho tiempo para dicha operación y resultaron estafados; hasta el hecho salió publicado en los diarios. De este caso insólito, con el título de “Dos españoles timados por mujer de Guanabacoa”, fue tanta la rabia que sintió, que hasta lloró esa noche sin poder evitarlo, y decidió dejar la capital. Poco antes de subir al tren, sentado en el andén, veía la llegada de otros trenes con sus locomotoras traqueteantes y ruidosas avanzando con lentitud y recordaba las palabras que su pariente la dijo cuando supo su decisión: “Si no te va bien, ya sabes que aquí te estaré esperando”. “Esperando”, pensó y con voz baja susurró: “Aquí no vuelvo ni a buscar centenes”². Se sentía nervioso y desconcentrado ante el viaje y lo desconocido; era la primera vez que montaba en tren y en ese momento tenía la intención de no volver; las ofertas de los contratistas llegados de Morón y Camagüey fueron en ese momento una luz de esperanza para una vida mas holgada y cómoda, según las promesa de empleo y casa; y con esos pensamientos vio como el tren se iba alejando de la estación, y entre el calor y el traqueteo del vagón se fue quedando dormido hasta que la voz del conductor lo despierta para almorzar en Santa Clara. Después no pudo dormir más y prestó atención al paisaje más allá del cristal de la ventanilla. El tren se detenía en diferentes estaciones de pequeños pueblos que parecían olvidados, y continuaba su marcha como si se despidiera de los bohíos³ distantes a un lado y otro de los raíles de hierro; cruzaba puentes y al atardecer llegó a Ciego de Ávila, la ciudad donde el contratista lo estaría esperando y dándole un efusivo apretón de manos le indicó montarse en el viejo automóvil y partieron por las terraplenes empolvados que blanqueaban las ropas y los cabellos.

¹ Tela fuerte de hilo o de algodón crudos. (N.E.)

² Moneda española de oro que valía cien reales. (N.E.)

³ Cabaña de América, hecha de madera y ramas, cañas o pajas y sin más respiradero que la puerta. (N.E.)

El hombre le contaba que la Compañía de los Ferrocarriles Consolidados había concluido la línea central desde 1902, y que después un canadiense apellidado Van Horne, constructor del Candian Pacific Ferrocarril, fue el promotor de sacar de la incomunicación porciones de los territorios de Camagüey y Oriente debido a los centrales azucareros.

Le explicó que trabajaría en las vías férreas que se construían desde las distintas colonias hasta el central; que era un trabajo bastante duro, aunque la paga era buena. Mi padre que no sabía nada acerca de ese tipo de trabajo le dijo: “No importa; al trabajo, yo nunca le he tenido miedo”. Después de dar brincos por el camino irregular y polvoriento, llegaban al lugar y los perros ladraban y salían espantados al pasar el coche. El Central Cunagúa, perteneciente al municipio de Morón, entonces de la provincia sede Camagüey, debía su nombre a un vocablo de origen indio; un lugar muy bonito pudo apreciar el recién llegado sacudiéndose el polvo del camino: un hermoso parque con su fuente y sus jardines lleno de preciosas flores, en el centro la iglesia, las casas todas tenían un estilo balloon frame⁴, éstas eran propiedades de los norteamericanos: casas de madera con pisos encajados de tabloncillos, todas muy bien pintadas, con hermosos jardines; la tienda de víveres y ropa, la fonda, el hotel, y la casa de los trabajadores solteros, el teléfono, el correo, la farmacia, el campo de pelota y al lado una edificación de madera, el cinematógrafo; y allá un poco más distante, la fábrica de azúcar que era propiedad de una compañía americana, la “Sugar Company”; allí se abastecía de las cañas de azúcar que venían de las colonias vecinas que los colonos tenían la obligación mediante contrato con la compañía norteamericana entregar todas las cañas sembradas. El hermoso batey⁵ del Central de casas pintadas y bien amuebladas no era el único que había en el pequeño pueblo; un poco más distante se encontraba el batey de los obreros y cortadores de caña que tenían escasos recursos, a los cuales, aunque se afanaban, nunca veían la hora bendita de la prosperidad, y más lejos aún los batey de los jamaicanos y haitianos, que también eran emigrantes de Saint Dominique, Cap Haitien o Kingston, y venían ingenuamente a vivir en chozas con piso de tierras o paredes de guamo de palma o en reneridos barracones aceptando bajos salarios; podría decirse que eran salarios de miseria, por trabajar en la fatigosa labor del corte o del tiro de la caña con yuntas de bueyes; y así llevaban una vida muy dura, trabajando sin descanso

⁴ Tipo de construcción de viviendas característico de los USA basado en listones de madera, conocido por su bajo coste, rapidez de montaje y ligereza. (N.E.).

⁵ Lugar ocupado por las casas de vivienda, barracones, almacenes, etc., en las fincas de campo de las Antillas. (N.E.)

y nadie se compadecía de ellos; vivían solo dedicados a las plantaciones de cañeras.

Y así los días y los meses pasaban y ya se estaba acostumbrando a ese olor a melado, dulzón y pegajoso que emana diariamente de las fauces del dragón moledor, de sus sirenas anunciando el cambio de turno de los trabajadores; ya las líneas de tren cruzaban por sus colonias y se instalaban los puntos de pesajes o chuchos⁶ con las romanas y grúas indispensables para esa labor. Nuestro amigo se olvidaba lentamente de los balostres de ácana que de un lado a otro atravesaban los raíles de hierro y de cuando regresaba con la cuadrilla de obreros cansados. Esto fue por poco tiempo, pues fue empleado como operador de grúa.

Allí en un lugar tan distante de los capitales del país y de la provincia, se hablaba inglés en cualquier esquina y llegaban las revistas más recientes de todo el mundo; también se podía recibir y enviar bultos, cartas y paquetes, enviando varias cartas a su hermana de las cuales nunca obtuvo respuesta. En sus cartas le decía, lo bien que estaba, el dinero que ganaba, y la mandó unas telas para vestidos; también les hablaba de unos amigos que mucho lo ayudaban; se refería a Emilio Vázquez y su esposa Ramona, los dueños de la fonda o del bar del pueblo, que como él, también habrían emigrado pero eran naturales de Galicia; gente sencilla y cariñosa que le brindaba su apoyo desinteresado y lo llegaron a querer como un hijo; se sentía a gusto en esa casa, delante la fonda con varias mesas, con sus manteles a cuadros, y también tenían mesas en el portal y taburetes de cuero; espacio acogedor abierto a las brisas de los árboles, donde siempre había un ir y venir de gente; a un costado, el bar con un variado surtido en su estantería de vinos y licores variados con importaciones de España; al fondo la cocina y la despensa siempre repleta de carnes saladas, bacalao, chorizos, aceitunas, turrónes, harinas, aceite de oliva, y muchísimas cosas más. Se dedicaban a husmear por toda la casa rumbo a la cocina para oler el delicioso aroma de los garbanzos o a probar la natilla con canela o el dulce de leche.

Nunca quiso trabajar en el central azucarero, y eso que se presentaron oportunidades, pues en “tiempo muerto” que era la época del año en que no molía caña el central, muchos obreros eran desplazados; por eso prefería seguir por los caminos del hierro, donde desempeñó muchos trabajos: fue retranquero, fogonero, maquinista y conductor de trenes. Había prosperado gracias a su dedicación, pues siempre desde su llegada a Cuba soñaba con la estabilidad de su economía y un futuro promisorio. Hasta ese momento no había pensado en casarse; pero el día en que María Amparo llegó a su vida, las cosas cambia-

⁶ En los ferrocarriles, aguja que sirve para el cambio de vía. (N.E.)

ron completamente; esa tarde había ido a la tienda a comprar unos calcetines cuando sonó la campanilla de la entrada, dio la buenas tardes y solicitó unos encajes: “Son para mi madre”, dijo. Se quedó mudo ante los encantos de aquella belleza, con su figura esbelta: llevaba su pelo negro con una melena breve y ondulada que contrastaba con sus ojos y con su piel blanca, parecía una estrella del cinematógrafo. Nunca la había visto antes, después se enteró que había venido de Pontevedra, Galicia, que su padre se llamaba José Piso y que el gallego tenía negocios de carbón; un hombre alto, bastante joven con un genio de todos los diablos y su mujer y su hija lo respetaban con una devoción casi religiosa: “El hombre es bueno y trabajador, pero más bruto que un arado”, le comentó el boticario y agregó: “Un día la muchacha tenía dolor de muelas, y la obligó a comer, diciendo que estaba muy malcriada”.

Para conquistar a la muchacha y a su padre desplegó todos sus ardides: insistió desesperadamente, ideó sorpresas y se fue colando por el hueco de una aguja, hasta lograr que consintiera el noviazgo; pero no fue largo, ya que en breve tiempo el padre murió de una penosa enfermedad y unos meses después contrajeron nupcias en el batey del Central, el día 25 de abril de 1939. Fue una boda sencilla, a la cual asistieron amigos íntimos; todo fue con mucha discreción ya que doña Carmen, ataviada de negro, todavía lloraba la pérdida de su esposo como si todavía fuera el primer día. La novia se había puesto un vestido blanco de hilo, con un bordado muy fino y discreto en la blusa que resaltaba su estrecha cintura, falda a media pierna, zapatos blancos y como único detalle, un collar de diminutas perlas. Fue una novia preciosa que resaltaba sus encantos por su sencillez. Allí el novio vestido con un traje de cashemere⁷ color beige, corbata a rayas y un diminuto pañuelo en el ojal del bolsillo izquierdo desbordante de felicidad ante el notario del lugar, Augusto Venegas Muriño. La tomó por sorpresa y juró amor eterno y así lo cumplió hasta que la muerte los separó. Como testigos de este matrimonio firmaron Evangelista Pita, natural de Asturias, España y Luis Torres, natural de Morón, Cuba, ambos amigos y compañeros de trabajo. Después de la ceremonia partieron en un automóvil que los llevó hasta la pequeña ciudad de Morón, donde mi padre le pidió al chofer del coche que detuviera la marcha en la fotografía “El Arte”, pues quería tener una foto de ese día inolvidable. Mi madre aunque era un vendaval de genio y energía, pero tímida en asuntos de amor, no quería entrar al “Hotel Perla”, lugar donde pasarían la primera noche, y él al percatarse de sus sentimientos la acarició con suavidad y le dijo al oído: “Que nadie diga, que la gallega más linda de Galicia no quiere estar con su marido, y subiendo las

⁷ Cachemir, tejido obtenido de lana de cabras de la región asiática del mismo nombre, muy valorado en la confección de bufandas, trajes y suéteres. (N.E.)

escalera hasta la habitación donde se amaron por primera vez iluminada por los rayos de luna que entraban por el balcón”.

A su regreso comenzaron una vida juntos en la casa de madera montada en pilotes con lo techos de tejas y amplio portal, la cual tenía un amplio terreno donde había árboles frutales, anoncillos, guanábanas, mangos, naranjas, limones, aguacates. Siempre estuvieron al alcance de la mano y le daban a la humilde casa un entorno de paz y tranquilidad. Más tarde ayudado por mi madre puso un pequeño negocio de tintorería y una pequeña dulcería, pero nunca abandonó su trabajo en la Compañía de Ferrocarriles; llegó a ser jefe de tráfico y allí cumplió 50 años de trabajo y fue condecorado con la orden de cincuentenario de los ferrocarriles de Cuba.

Mi madre quedó embarazada y el día 27 de enero de 1940 nací yo en una de las habitaciones de la casa, entre los vapores de agua hirviendo en la palanganas y la presencia robusta de la comadrona; un precioso varón que por nombre recibió el nombre de Alfredo José, y a este primogénito, su padre acogería con todo su amor en sus manos temblorosas. Después nació mi hermana a la que le pusieron Carmen y después mi hermano Guillermo, el cual por ser el último, un niño precioso rubio con los ojos verdes, sería el encanto de la casa.

Todos asistieron a la pequeña escuela rural, la única en el pueblo e hicimos la primera comunión en la pequeña iglesia; llegaban a cada año las navidades con sus manzanas, sus uvas, sus vinos y su árbol de navidad con sus pequeñas motas de algodón simulando la nieve que debía estar cayendo en España, y de los tres Reyes Magos que nos dejaban algunos juguetes; ese año le trajeron a mi madre una radio y esa fue la diversión de todos; pero también nos trajo la tristeza cuando se oían las noticias de la Segunda Guerra Mundial; yo era muy pequeño y no podía darme cuenta de lo terrible de esto, pero mi madre lloraba y rezaba y mi padre se angustiaba por ello.

Cuando terminé los estudios elementales, nos visitó mi tía Clarita, hermana de mi madre, casada con un colono de la comarca y habló de las posibilidades de estudio en la capital y logró convencer a la familia sobre la conveniencia de enviarme allá y aseguraba que sería lo mejor para mí y no la vida en el Batey, donde no podría cursar estudios superiores. Ante tanta disposición, mis padres dieron su consentimiento. Lo hicieron con el deseo de que estudiara y progresara en la vida y lleno de tristeza y nostalgia me alejé del lugar; solo volvía durante las vacaciones de verano. Más tarde me establecí en la ciudad y formé mi hogar.

Allí, en la distancia, se fueron quedando y se fueron haciendo más viejos; la casa seguía siendo su único refugio de recuerdos, esperando que llegaran tiempos mejores, ya que tenían la ilusión de poder arreglar la cocina, que en un ciclón muy fuerte que nos azotó fue destruida por un eucalipto que el viento

huracanado desplomó sobre ésta; fueron tiempos muy difíciles, no solamente para mis pobres viejos sino para todos los cubanos, envueltos en la pobreza que nos proporcionara el bloqueo establecido por Los Estados Unidos.

El emigrante nunca volvió a la tierra que lo vio nacer. Cuando cumplió 90 años de edad, vinieron de Zamora su sobrina menor, Joaquina Romero Gullón, acompañada por su hija Ana a reencontrarse con su tío, el que en el pueblo daban por perdido; después viajaron su sobrina mayor Avelina y su hermana Cloty, acompañadas de su primo Paco. Fueron días muy hermosos de alegría y de nostalgia. No hay palabras que puedan describir ese encuentro con seres que llevan tu misma sangre y que ni siquiera conocíamos. Largas conversaciones ocuparon el tiempo; allí nos enteramos que la hermana de papá, Juana, murió ya vieja de una penosa enfermedad y también supimos con ese sufrimiento de orfandad que sólo acaban de entender aquellos que se quedaron, fueron épocas muy difíciles en que muchos abandonaron sus tierras, mujeres e hijos para hacer las Américas en busca de futuro, pero no todos lograban su objetivo.

También ellas le contaron del pueblo de Ferreras de Abajo donde actualmente vivía su sobrina con su esposo, los cuales en una ocasión emigraron a Brasil, donde abrieron un restaurante; después, cuando había hecho dinero, lo vendieron y regresaron a Zamora a vivir en paz y pasar el resto de sus vidas. Nos dijo que Ferreras de Abajo actualmente tiene una población envejecida, que en la escuela el alumnado sólo llega a la cifra de veinte niños; no hay tampoco muchos jóvenes, pues cuando terminan sus estudios en otras ciudades no regresan más; nos contó que muchas casas han sido remodeladas por gente de las ciudades y en los meses de verano las tienen de refugio vacacional y entonces la vida se vuelve a esos rincones apacibles. Mucho le agradecemos a nuestra familia de España y a nuestra prima Avelina Romero, a la Diputación de Zamora y a nuestra Sociedad la Colonia Zamorana en Cuba y a Sergio Rabanillo, su presidente, por el interés que se tomaron para que mi padre viajara a España en el viaje “Añoranza”, pero como era muy anciano rechazó la maravillosa oferta.

No quiero terminar la narración hablando del día en que le faltaron las fuerzas y se le apagó la vida, tampoco de su entierro, donde una larga fila de trabajadores, campesinos y vecinos de la localidad incluyendo ancianos y niños acompañaron su cadáver hasta el desolado cementerio. Quiero recordarlo siempre como lo percibo en sus historias, como aquel emigrante optimista, valiente, siempre retando las dificultades, que llegó con la piel con olor a salitre del mar, después de cruzar el océano, que llevaba por dentro la nostalgia de sus campos verdes y el brillo de sus humedades en los ojos y así será, para siempre mi emigrante del tiempo.